

# EL ACECHO

A *Elmo Manacorda y Juan Carlos Bernádez.*

A cincuenta metros de la puerta de calle de mi casa, había una librería, a donde no vi jamás entrar un cliente.

Con mis libros bajo el brazo, frente a ella, cruzaba todas las mañanas; apresurado o lento, según mis estados de ánimo. Camino obligado, en donde hallaba siempre las mismas caras; unas, ansiosas, esperando el tranvía; otras serenas, andando paso a paso ..

Mis ojos veían con la inconsciencia más grande, las caras conocidas, las puertas cordiales, los balcones amables, y aquellos gruesos caracteres en rojo que, en el cristal limpio de la vidriera de la librería, versaban:

*Lasky, y diez centímetros más abajo: Librería fundada en 189...*

Nunca consideré como casa vecina la de Lasky, el librero. Parecíame distante muchas cuadrás de mi zaguán, aunque casi siempre terminaba de colocarme el sombrero, cuando cruzaba por el esparaté...

Durante tres años, a las ocho de la mañana eran mis salidas. Al atardecer, mis regresos.

La vidriera era amplia, con un cristal brillante y limpio. La puerta era pequeña, estrecha, daba la impresión de un pasillo secreto, de esos que abundan en

novelas policiales. Apenas dejaba adivinar su interior sombrío, desde donde llegaba, algunas veces, un vaho extraño, mezcla de humedad y de sabroso olor a papel. Inconscientemente percibía todo esto.

Lasky, el dueño de la librería, sentado detrás del escaparate, descansaba en un viejo sillón, entre dos pilares de libros. Desde la calle, al cruzar frente a la vidriera, se veían sus ojos color oro. Eran desagradables y ásperos. La cabeza, inmóvil, surgía de entre los pilares, como un llamado, como un grito. Era imposible detenerse en la vidriera a curiosear, ante los execrables ojos color oro, sin pestañas ni cejas. Hacían daño. Eran hostiles a cuanto curioso se acercase a la vidriera. Tardes hubo, en que cruzaba observando de rabo de ojo, los libros alineados. Apostado, otras veces, en la esquina cercana, observaba los gestos de los transeúntes. Al retirarse de la vidriera de Lasky, llevaban un gesto de asco, de repulsión, en sus rostros marcados de acedia. Yo les tenía un miedo de tres años, y, sin embargo, ¿no me vieron ellos pasar, día tras día, durante tanto tiempo, como para serme vecinos o familiares?

Allí estaban siempre, mirando — escudriñadores — y apurando las cosas de la calle, con atención inusitada. Parecían, aquellos ojos color oro, dos moneditas doradas, o las puntas de dos taladros dorados, empuñados en agujerear el aire y el cristal de la vidriera. Lo veían todo. Al hombre que pasa despreocupado; al obrero de sucia vestimenta; al mendigo harapiento; a la lujosa dama; a la buscona; al curioso que se asoma a la vidriera por costumbre; al escolar de ingenuo mirar celeste... A todos, aquellos ojos color oro, veían diariamente cruzar por delante de la tienda de libros... Ojos sin pestañas ni cejas, que no me dejaban estudiar la ubicación de los alineados libros de la vidriera. Lasky estaba allí, entre dos pilares de libros, con las manos en sus bocamangas, el pecho

hundido, los hombros caídos y la mirada, clavando su loco afán, desde la oscuridad de la tienda.

Los ojos color oro me veían siempre pasar. Conocerían muy bien mi corbata a rayas, mis cuellos lustrosos, mi traje azul . Cuando cruzaba un desconocido, ellos multiplicaban la atención. ¿Entraría a comprarle? ¿Le agradaría algún libro? ¿Buscaba una novela en donde estuviese retratado su espíritu? ¿Algún drama, parecido al de su vida, buscaba el desconocido?

Pensé que debía entrar, alguna vez, en lo de Lasky. Era—sin duda alguna—una burla mía, solapada y perversa, acercarme tarde a tarde y no entrar nunca.

Los ojos color oro comenzaban a odiarme y se aguzaban las puntas de aquellos taladros dorados. Creí que les era un sér antipático, despreciable, como esos que se burlan de un anormal. Los ojos color oro, cada vez más desagradables, acabarían por enfermar mis ojos.

Entré. Lasky abandonó su sillón y vino hacia mí. Tuve la impresión de que el miedo me entraba por los ojos, pero Lasky, con las manos en sus bocamangas, estaba ya cerca mío, Adopté un gesto displicente y noté cambiados los ojos color oro. Ahora me eran cordiales, amables, me acogían con un aire familiar, y dábanme valor.

—De esta revista—dije señalando la revista PEGASO—el número catorce...

Sacó las manos de sus bocamangas. Eran sarmen-tosas, dedos largos, rematados en uñas largas y afiladas; amarillas y feas. Colocó la diestra sobre unos libros y comenzó un ágil tamborileo. Dióme escalofríos. Había olor a libros. El local, poco aireado, daba la impresión de un sótano atestado de libros. Miró adonde yo señalara y encaminándose con una lentitud majestuosa, como la del hombre satisfecho, resuelto a saldar una deuda. Levantó un brazo hasta las éstanterías y me alargó el ejemplar pedido,

con ademán seguro, cierto. Tomé la revista y pude apreciar de cerca las diez uñas amarillas y afiladas de aquellas manos sarmentosas, huesudas, laigas.

—¿Cuánto?—interrogué lacónico y frío.

—Uno y cincuenta. . . —La voz era recia, como sus ojos. Dijo las palabras con firmeza, de la misma manera que clavaba en las pupilas de los transeuntes, los clavos dorados de sus ojos color oro. Casi me atrevería a afirmar ahora, que sonió imperceptiblemente, mientras le abonaba el ejemplar adquirido.

Dejé vagar una mirada estúpida, por las estanterías repletas de libros y con el gesto de hombre en sus cabales, salí de la tienda de Lasky, con arrogancia. Había gastado uno y cincuenta después de tres años de continuo pasar por aquella librería .

Dí vuelta en la puerta de calle, a mi izquierda, y me detuve, junto a una curiosa mujercita, a mirar los libros de la vidriera. Los ojos color oro no estaban allí. Ambos, con satisfacción, contemplamos la vidriera. Los libros mejores parecían atraer nuestras miradas. Noté que mi compañera de curiosidad,—alguna chica frívola,—alejaba sus miradas, de los libros de títulos sugestivos. Pude cerciorarme de que en la librería de Lasky había libros llegados en el último correo, pidiendo a gritos que yo los comprase. Tuve varios segundos de dulce paladeo. Mis manos se inquietaban porque no podían palparlos, tocarlos, para sentir mejor la emoción del libro nuevo. Se lee con las manos, a veces, aunque ésto parezca raro. Un amigo tengo yo, el cual huele los libros antes de leerlos. Es que, indudablemente, hay ejemplares que requieren los cinco sentidos para ser saboreados. Obsérvese el olor particular de ciertos libros, que no han sido abiertos nunca, desde que allá en Europa, unas manos—tal vez femeninas—los empaquetaron para América. El goce de los curiosos de las vidrieras, es de los más refinados, de los más puros goces,

Cuando entraba en el dominio de la vidriera, aprendiendo de memoria lugares, títulos, autores, etc., vi a mi compañera de curiosidad hacer un gesto desdeñoso, cruel para mí, y alejarse. La miré sorprendido. ¿Qué había hecho yo a aquella mujer para que así se alejase? ¿No fui su buen compañero de curiosidad? Volví la vista sobre la vidriera y estaban, luminosos, diabólicos, los ojos color oro. Comprendí el gesto de la compañera de curiosidad y contemplé los ojos de Lasky con un poco de valor. Eran ahora, como dos ruedas de fortuna, pequeñas, girando vertiginosamente. Me clavaban sus clavos dorados, en las mismas pupilas. Aquellos ojos no eran los mismos del hombre que me vendiera la revista montevideana. Habían cambiado, cambiaban espantables y ásperos, a través de los cristales. Pude dominarme y así dominarlos. Bajé la vista y me sorprendió la cubierta parda de cuero, de un viejo ejemplar colocado en el centro de la vidriera. No le había visto antes. Se repetía el fenómeno del paseante que no sabe cómo son las molduras y cornizas de las fachadas de las casas por donde cruza a diario.

Cuando miré nuevamente, el ejemplar único, de parda cubierta, vi un rótulo a su lado. Versaba: *“Ejemplar único. Hay dos en el mundo.”* En aquel momento los ojos de Lasky, todo Lasky en los ojos, me indicaban el ejemplar único, mientras giraban los ojos color oro, como dos ruedas de fortuna, pequeñas... Puse mis cinco sentidos para comprender lo que decían los ojos, o lo que ansiaban decir. Tres años de diario cruzar frente a ellos, no me habían alcanzado para descifrar su enigma. Por otra parte, nunca me había empeñado en ello. Pude abstraerme de la baranda callejera; peatones y automóviles; pasos en la acera; vendedores ambulantes, tranvías ruidosos, todos se habían alejado de mí. Estaba yo solo, frente a un par de ojos color oro, gi-

ranodo, con no sabía qué afán loco. ¿Qué podían decirme desde adentro de la tienda, a mí, que apenas había entrado una sola vez? Recapacité unos instantes y se me ocurrió pensar que jamás había visto aquel ejemplar único. Al mirar con insistencia la parada cubierta, dí con la clave del terrible enigma. Aquellos ojos esperaban el comprador del ejemplar único, con avidez, con afán enfermizo. Era el acecho, el enorme acecho de los que esperan. En el brillo de los ojos color oro, descubrí la tragedia de Lasky, el suplicio brutal de una espera, el enfermizo esfuerzo de un acecho. Acechaba al cliente, desde su viejo sillón, como un perro de presa, al grito del cazador. Como la ansiedad de cien pescadores hambrientos, al levantar las redes, en un atardecer. El ejemplar único dormía en el escaparate, desde cinco años atrás. Lasky lo puso en la vitrina una mañana, y se apostó tras él, para esperar al cliente. Pretendía señalar, indicar con los ojos, a cuanto transeunte se detuviese en el escaparate. ¡Y pensar que sus ojos eran los enemigos suyos! Hacían huir a los clientes, con gestos de asco y repulsión. La tragedia silenciosa y bárbara de ojos en acecho, no la ha cantado, ni contado nadie. La tragedia de los ojos color oro, por mí vivida, no podrá nunca, nadie, cantarla. Fue formidable y silenciosa. Vivió cerca de cinco años, pero tuvo la fuerza de un acecho de siglos. Acecho, en donde el hambre, el lujo, la vanidad, todo se concentraba. Acecho cambiante en los ojos; que eran a veces monedas doradas; otras, puntas de taladros dorados, empeñados en pasar a través del cristal; muchas veces, clavos de oro, y no pocas, ruedas de fortuna doradas, girando, girando. Por las noches, en los sueños felices, serían ruedas de fortuna...

Supes el secreto de aquellos ojos y los compadecí y admiré. El cristal de la vidriera me enseñaba la tragedia del hombre que lucha, silenciosamente. Pen-

sé en las hijas de Lasky, en sus faldas de seda... Pensé en su mujer, en los altos alquileres, en las mil tentaciones de Buenos Aires, cambiante como una víbora de muchos colores. Pensé en la vanidad, en el lujo, en la moda, en las hijas de Lasky, bien vestidas.

Los esfuerzos que él hacía para detener a los curiosos, eran sobrehumanos. Se enfermaba. Deliraba como un loco, detrás de la vidriera, como una araña hambrienta a la puerta de su cueva, viendo volar las moscas próximas a la trampa. Cada paseante era un posible comprador; era, tal vez, el hombre que se llevaría aquel ejemplar único, mitad de su fortuna en libros.

El tormento del vendedor, condenado a esperar el cliente, es trágico. ¡Verle pasar y comprender que si uno tan sólo, adquiere algo, significa el saldo de una deuda! El tormento horrible comprendí aquella tarde. Sufrí con Lasky, sufrí con sus diabólicos ojos color oro, percatándome de su mal irremediable.

Perversos y cicateros, serían aquellos que, comprendiendo la tragedia de sus ojos, no entraban a comprar libros en lo de Lasky. Cuando niño, me complacía en engañar a las arañas, imitando el ruido de las moscas presas en la tela, y comprendí, recordando, el suplicio espantoso de un acecho semejante. Desde aquella tarde me propuse adquirir el ejemplar único, arrancarlo de aquella vidriera, como a un árbol seco, en mitad de un camino polvoriento. Arrancar el libro de la vidriera sería quitar el mal a Lasky, hacerle feliz una hora, alegrar tal vez la vida de una de sus hijas, ignorantes de la tragedia del acecho.

Debía extirpar el mal del librero desgraciado, adquiriendo el ejemplar único. La sola idea de que con aquellos ojos color oro, Lasky podía dañar a una de sus hijas—a quienes no conocía—me alentaba en mi obra benéfica...

¡Pobre Lasky, el hombre del acecho! repetía a cada

rato, aquella tarde de mi feliz ocurrencia, en entrar por el número atrasado de una revista uruguayana..

Cuando me alejé, Lasky había quedado en la vidriera, con sus ojos en acecho. Al acostarme, la noche del descubrimiento del secreto, estuve hasta tarde, pensando en el acecho de todos los hombres. El caso de Lasky me pareció un índice. Señalaba el terrible mal que aqueja a muchos hombres. A unos más que a otros, meditaba, pero a todos el acecho ha de ir secando poco a poco el corazón, hasta la muerte. ¡Nadie ha visto o sentido la ansiedad de un lustrabotas que ofrece sus servicios gritando! ¡La ansiedad del vendedor de baratijas! ¡Hoy no se vende nada! —he oído decir a más de uno. Pero ellos, los que vagan, distraen la vista, son asaltados y sorprendidos por miles de acontecimientos callejeros. El acecho de Lasky, la espera ansiosa del comprador de su ejemplar único, llegado con enormes esperanzas, sólo yo la comprendía. Para los ojos color oro, aquel libro magnífico echaba raíces a medida que los días pasaban. El viejo ejemplar de cubierta parda descansaba como un muerto, entre los libros recién llegados. En los ojos color oro, la visión del libro único era distinta a la mía. Para los ojos del librero en acecho, ya no tenía forma, color ni tamaño, aquel ejemplar de parda cubierta. Era una visión fantástica de una esperanza parda, petrificándose ante sus ojos. Era como una roca sombría en la playa de un mar de pasión, el cual con sus olas debía pulverizarla... El acecho de Lasky era su suplicio. Pasaban los curiosos, pasaban transeuntes, de la mañana a la noche. Unos apresurados, ni miraban su vidriera. Otros se detenían un segundo, pero nadie entraba por el ejemplar único. Varios bibliotecarios de clubs porteños, habían desdeñado el ejemplar ofrecido. Lasky esperaba el hombre suyo. Imaginábalo vestido de mil maneras. Al cabo del día eran muchos los posibles com-

pradores. Por otra parte, yo no vi jamás a ninguna persona cruzar el umbral de la librería de Lasky.

Sabedor de la silenciosa y honda tragedia de un par de ojos color oro, traté, en los días subsiguientes, de amínorar el mal del acecho.

Una tarde, a la vuelta de mi labor, crucé por segunda vez el umbral de la tienda de libros. Había visto los ojos de Lasky sus raras señas. ¡Qué señas, Dios mío! Giraban los ojos, como dos ruedas de fortuna y me enseñaban el libro, la gran esperanza suya. Porque percibí una sonrisa, no sé si de burla o de alegría, aquella tarde entré a preguntar el precio del libro.

Lasky se puso de pie. Las manos—sus uñas—estaban metidas hasta los codos, en las bocamangas de su vestimenta amplia. Miré con curiosidad falsa y estudiada, una estantería con libros en rústica. Se acercó Lasky y dándome vuelta bruscamente, le dije:

—¿Cuánto pide por el ejemplar único?

Los ojos color oro, sin pestañas ni cejas, habían cambiado. Eran otros, ásperos sí, pero guardando una tranquilidad más visible. Vi su boca de labios finos y pálidos. La frente estrecha, surcada por dos líneas solamente; rectas arrugas, finas, de sien a sien. Y me contestó:

—*Mil quinientos pesos, señor, mil quinientos.* . . —

Al decir por segunda vez *mil quinientos*, los ojos color oro grabaron en mis ojos, las palabras *mil quinientos*. ¡Eran los mismos ojos del acecho! Acechaban ahora mi impresión. Sondeaban mi espíritu, esperando con ansiedad la respuesta. Miré atentamente a mi alrededor y sentí las miradas. Libros, folletos, estanterías, me fueron antipáticos, me echaban de allí. Empujado por la mano de aquella semioscuridad de la tienda, del sombrío negocio de Lasky, salí lentamente, paso a paso, intentando silbar un aire nacional.

—¡Mañana!—dije con seguridad y me lancé a la calle, perdiéndome entre las gentes, llevando en los ojos, otros ojos color oro, como dos moneditas; y, en la espalda, la mano que me empujó hacia la puerta estrecha.

Al retornar no miré la vidriera. Me cuidé muy bien de acercarme allí, pero sentí en el alma toda la tragedia de los ojos color oro. Ya la conocía tan bien, que no había necesidad de verlos. Pasarían los transeuntes, se alejarían después de acercarse a la vidriera, con un gesto de acedia y perversidad. Pasarían unos y otros por delante de sus ojos, sintiendo los clavos dorados, con el intento de clavarlos allí. La honda tragedia yo la sabía de memoria. El acecho brutal de la araña a la puerta de su cueva, contemplando lo maravilloso de su trampa, lo sentía, lo vivía. Me veía niño engañando a las arañas... Aquella noche me dormí pensando en el acecho de Lasky y en una araña hambrienta...



Eran las ocho. Salí de mi casa como de costumbre, y sin acordarme nada de lo sucedido. El sueño me había matado la impresión del acecho. Crucé frente a la librería de Lasky y la hallé cerrada. Una tromba de ideas y pensamientos cruzó por mi cabeza. Me detuve en la esquina, al lado de un buzón. Gracias a él, la gente no me llevó por delante. Recordé mi sueño de la noche anterior. Había visto a Lasky, tirado en la vidriera, con un libro entre las manos, debatiéndose delirante, loco. Vi las uñas amarillas quebrarse una a una. Las uñas de Lasky se quebraban al apretar, al agarrar el libro único. Vi quebrarse nueve uñas, una a una, menos la del pulgar derecho, recia, fuerte, curvada! No recuerdo más, de aquella visión

ligera, de mi sueño diabólico. La librería, que ahora consideraba vecina, estaba cerrada, y en la puerta metálica, un cartelito me dió la noticia funesta: "*Cerrado por duelo*". Fué para mí como un telegrama llegado de allende los mares. ¡Los ojos color oro, los ojos del acecho, habían : muerto!

Hice correr la mano en la vieja ventana de la casa de la esquina y enredé en mis dedos una tela de araña. Me dió asco, miedo y no recuerdo qué más... Mirando la librería cerrada, con la persiana de la vidriera, baja, como entornado párpado de un muerto, vi en la librería de Lasky la cueva de la araña hambrienta, a quien acababa de quitar la tela sutil, con mis manos blancas.

—¡El acecho es, como el hambre!—pensé, y seguí mi camino por la calle de siempre...

ENRIQUE M. AMORÍM.

Invierno 1921. Buenos Aires. De un libro titulado: "*Amorím*".